

Bueno, Javier y Crouselles, Carlos. *A París en burro* (*el récord del mundo*)

Ed. de José Miguel González Soriano. Sevilla: Renacimiento,
2019

Miguel Ángel BUIL PUEYO

Authors:

Miguel Ángel Buil Pueyo
miguelangelbuilp@gmail.com
Investigador
<https://orcid.org/0000-0002-8772-5463>

Date of reception: 08-01-2020

Date of acceptance: 29-1-2020

Citation:

Buil Pueyo, Miguel Ángel, «Bueno, Javier y Crouselles, Carlos. *A París en burro (el récord del mundo)*», *Anales de Literatura Española*, n.º 33 (2020), pp. 241-243.
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2020.33.13>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



Escribió José Pla: «A esos muchachos tan simpáticos que encontrándose en el umbral de la puerta de la vida se sienten poseídos del noble impulso de la ambición personal y —yo supongo— del archinoble impulso de la ambición de servir, y preguntan: “¿Qué hemos de hacer? ¿Podría usted tener la amabilidad de darnos una orientación y decirnos lo que podríamos hacer?”, yo les aconsejaría un viaje a pie». Si traemos aquí esta cita, se debe a que los protagonistas de este libro, los periodistas metidos a viajeros Javier Bueno (1884-1967) y Carlos Crouselles (1878-1907) eran unos veinteañeros cuando emprendieron esta aventura que, por su atrevimiento, coraje y éxito final tanta fama les dio.

No era lo mismo desplazarse en burro en el siglo XVII, en que Cervantes subió a Sancho Panza en un rucio, que en 1906, año en el que se realizó este peculiar viaje, cuando el automóvil comenzaba a circular e imponer su ley y hacerse habitual su presencia en las ciudades y pueblos. De aquí la atracción de *A París en burro*. Acude enseguida a nuestra memoria el emblemático título stevensoniano *Viajes con una burra* (1879), donde el escritor escocés narra los hechos y sucedidos de su excursión de

doce días por las Cevenas, en tierras francesas, con Modesta, que así se llamaba el animal, y cuyo *leitmotiv* era viajar por el placer de viajar. De Stevenson es, precisamente, esta sentencia que tanto recuerda a la del escritor catalán: «No pido otra cosa: el cielo sobre mí y el camino bajo mis pies». Sin embargo, no hay que dejar en el olvido que los escritores noventayochistas fueron grandes viajeros a pie, ayudados en muchas ocasiones por las caballerías, aunque tampoco hay que irse tan lejos, ya que, a mediados de los años setenta del siglo pasado, anteaer, como quien dice, el novelista y ensayista Rubén Caba publica *Por la ruta serrana del Arcipreste. Entre Hita y Segovia* (1977), delicioso viaje «concebido con la evidente intención de invitar al lector a viajar por las tierras que recorrió Juan Ruiz» (tomado de la contracubierta de la reciente edición de 2018), utilizando en algunos tramos de su recorrido los servicios de estos cuadrúpedos.

A París en burro es un ameno y entretenido folletón publicado a lo largo de varios meses del citado año 1906 en el diario de la noche *España Nueva*, que ve ahora por primera vez la luz en libro y en la colección «Biblioteca de Rescate», que alcanza ya el número 42, de la Editorial Renacimiento. Se incluyen, acertadamente, las caricaturas e ilustraciones a cargo de Manuel Tovar, Mó e Ibáñez, que acompañaron en origen las 65 entregas del relato. Sus autores lo escribieron al alimón (les acompañaba el también periodista Carlos Micó, que antes de llegar a París desistiría del viaje) y en él dejaron constancia de sus vivencias, sin olvidar, como no podía ser de otro modo, los pertinentes juicios de valor. Antes de partir compraron a los gitanos tres asnos matalones que, satíricamente, bautizaron con los nombres de *Panhard*, *Mercedes* y *Dion-Bouton*, tres conocidas marcas de automóviles de la época, máquinas que tantas opiniones encontradas estaban provocando desde su aparición. Tras un buen número de peripecias, arrojando dificultades, peligros y penalidades, propias de un viaje de estas características, en el que no podía faltar el revólver, bien pertrechados con sus trajes de pana, y después de tres meses de andar por trochas y caminos, llegaron a «la *Ville Lumière*». Como la maledicencia humana no tiene límites, hubo alguien que les dijo que habían hecho la mitad del viaje en ferrocarril... Ahora bien, como si fueran peregrinos a Santiago, previsora mente habían sellado su álbum de ruta por aquellos ayuntamientos españoles y franceses por los que pasaron, para que no hubiera duda alguna de la veracidad de su aventura a su regreso a España.

En el completo estudio introductorio, «Crouselles/Bueno, Bueno/Crouselles: Un viaje y dos destinos», que para la presente edición ha preparado José Miguel González Soriano, se contextualiza el momento en que tuvo lugar el viaje, se da cuenta ampliamente de la obra de ambos periodistas, no faltando

su semblanza biográfica así como los periódicos para los que trabajaron, quiénes fueron sus fundadores y cuál era el ambiente de las redacciones, todo ello acompañado de precisas notas aclaratorias y una amplia bibliografía. El libro concluye con un apéndice, «La tragicomedia de un periodista», que recupera un olvidado texto de Javier Bueno publicado en *La Semana Ilustrada* el 14 de diciembre de 1907, que pone al lector en antecedentes de lo que le sucedió a su compañero de fatigas al poco tiempo de finalizar el viaje; y es que lo peor para Carlos Crouselles no fue ese viaje en burro sino lo que estaba por venir: tras matar a Aurora Fuster, su mujer, se suicidaba en el sevillano Hotel Iberia, dejando una amante anterior con la que había tenido varios hijos, truculenta historia que escapa de esta reseña y que hizo correr a raudales la tinta en la prensa nacional, hasta el punto de ser conocida como «la tragedia de Sevilla». De hecho, por el escritor y también periodista Benigno Varela tenemos noticia que Jerónima Blasco, la amante, recorría a comienzos de 1909 las editoriales madrileñas para ver si una obra inédita de Crouselles que obraba en su poder podía ser editada. Adivinamos el desamparo por el que debió pasar... ¡Eran los disgustos del hambre!

